



CRONICA DE LA SUBIDA DE LA VIRGEN DE ROBLO A LA PEÑA DE LAS PINTAS

Daniel Tejerina

-¡Date prisa, Doro, que ya son casi las 8 y en seguida va a calentarse el sol!

Su mujer, **Benilde**, le azuzaba desde la cocina para que acabase con los preparativos mientras metía en la mochila un trozo de pan y chorizo con que “echar las diez”. En el portal ya les esperaba un pequeño grupo de personas listas para salir.

-¡Ten cuidado con la Virgen! , advirtió Doro.

Efectivamente, aunque pareciese una expresión algo extraña, en aquellas circunstancias tenía su fundamento, pues en su mochila llevaba un preciado tesoro bien envuelto y protegido: una imagen de la **Virgen de Roblo** que pocas horas más tarde se habría de colocar en el mismo alto de la Peña de las Pintas. A Doro, por esa razón, le llamábamos “*El Virginiano*”, en un juego de palabras que recordaba a una serie famosa del Oeste que triunfaba por entonces en nuestra televisión.

-El tío Jesús ya salió hace un rato acompañando a unas chicas de Aleje que no saben el camino. Han dicho que nos esperan en la fuente de los Praos Bajeros.

La que así hablaba era **Beatriz**, que a sus 11 años, saltaba inquieta deseando salir cuanto antes. Era la primera vez que iba a subir a las Pintas y estaba muy ilusionada.

El día prometía ser espléndido a pesar de que aún no se había levantado una niebla cerrada que impedía ver a pocos metros de distancia; pero eso era precisamente señal de que más tarde luciría un sol radiante. El bullicio que se sentía en el pueblo de Las Salas era inusual para un día de fiesta a una hora tan temprana. Apenas hubo amanecido, las campanas de la Iglesia habían repicado por alto tocadas con maestría por **Jandro “Tachuelas”** para despertar a todos los que quisieran acompañar a la Virgen de Roblo en su “subida” a Las Pintas. Era el 15 de Agosto del año 1971.



Peña de la Pintas vista desde Monte Moro

Pero la historia, en realidad, había comenzado bastante tiempo atrás.

Llevaba ya un par de años rondándome en la cabeza la idea de poner una imagen de la Virgen de Roblo en el alto de nuestra Peña como había visto en otros muchos picos. Por ejemplo y sin ir más lejos, en los cercanos Picos de Europa, una imagen la Virgen del Camino estaba en la cumbre de Peña Santa de Castilla; en el LLambrión, la de la Virgen de Corona, patrona del Valle de Valdeón; en el Naranjo de Bulnes, la de las Nieves; en la Torre Santa de Enol, la Virgen de Covadonga e incluso en el vecino Pico Yordas, en Riaño, había por aquel entonces una enorme cruz de madera de más de ocho metros de altura (ahora ya desaparecida) y, en consecuencia, yo no veía razón alguna para que nuestra querida Virgen de Roblo no estuviese presidiendo el Valle de “sus” pueblos desde lo más alto de esa maravillosa montaña que es la Peña de la Pintas. En aquel tiempo sólo había allí un pequeño y triste mojón de piedras para señalar la cumbre (el vértice geodésico del Instituto Geográfico y Catastral que hay ahora aún no existía) y yo estaba convencido que la presencia de la Virgen motivaría mucho más las excursiones a esa montaña que entonces eran aún contadas. Sólo subían al alto los pastores (si había cabras que bajar), algún cazador persiguiendo a un rebeco huidizo o los pocos veraneantes desocupados que organizaban de vez en cuando una excursión si es que las tareas de la hierba o la trilla no les reclamaban. La gente del pueblo no veía, en general, razón alguna para subir tan alto por el simple placer de hacerlo, a pesar de que pocos picos de los alrededores ejercen un imán tan grande como las Pintas, cuyo atractivo,

desde todos los puntos cardinales, parece que nos reclama a voces subir hasta sus tres cumbres. Pero, como decía, en aquellos años estas excursiones eran aún muy contadas y esporádicas.

Con esta ilusión en la cabeza lo primero que debí resolver fue conseguir una imagen a propósito para poder ponerla en la cumbre, tarea nada fácil, pues “Vírgenes de Roblo” no se encuentran en cualquier sitio. Como trámite previo, por si acaso, recorrí el invierno anterior varias tiendas especializadas en imaginería que hay en los alrededores de la Plaza Mayor de Madrid llevando conmigo una estampa de la Virgen de Roblo para ver si encontraba alguna imagen que se le pareciese lo suficiente, cosa que lógicamente no ocurrió. Y no es que la Virgen de Roblo fuese muy distinta de otras similares, pero era “nuestra” Virgen y, como pasa con los recién nacidos, aunque todas se parezcan, la nuestra era la nuestra y la más guapa, y no cabían imitaciones o semejanzas.

No quedaba más remedio, pues, que fabricar una imagen ad-hoc, tarea compleja y por supuesto más costosa de lo que yo me podía permitir. Todavía no había comentado mi idea con casi nadie y no era cuestión de empezar pidiendo dinero para una aventura que no estaba seguro fuese a



funcionar del todo. Pero la Virgen de Roblo intercedió muy oportunamente pues dio la casualidad que aquel mismo año **D. Leoncio**, el párroco de Las Salas (que también lo era de Salamón y Valbuena), había hecho fabricar un molde de la imagen de Roblo y cuatro copias iguales en escayola para, tres de ellas, “pasearlas” en visita domiciliaria por las casas de cada uno de los tres pueblos, siguiendo una curiosa tradición que aún hoy perdura. Y la cuarta imagen, (que la había encargado de repuesto por si se rompía alguna de las otras tres), vino a resolver nuestro principal problema ya que D. Leoncio me la cedió muy gustoso apoyando con entusiasmo el proyecto desde el momento en que se lo expuse.

Con la imagen “a cuestas” ya sólo quedaba ir componiendo las piezas restantes del puzle. Comenté ampliamente el tema con la gente de Las Salas y, como era de esperar, todos prestaron su apoyo y sus ánimos, si bien no faltaron

las lógicas reticencias de algunos pocos a eso de mezclar lo divino con lo humano; reticencias que también la oportuna intervención de D. Leoncio ayudó a disipar cuando un domingo anunció el proyecto en Misa animando a todos a participar en él.

En la confianza de que todo iba a funcionar bien mandé grabar en Madrid una placa conmemorativa del evento que se habría de colocar en el alto junto a la Virgen y en la que ya se concretaba el 15 de Agosto (día en que la Iglesia celebra la Asunción de Nuestra Señora) como fecha idónea para la subida (al fin y al cabo se trataba de otra “asunción”); y hasta la empresa que construía el pantano, que por aquellos años trabajaba en la finalización del muro, contribuyó a nuestro objetivo fabricando en su taller de chapa una hornacina de hierro que, además de servir para albergar y proteger la imagen, estaba hecha a propósito para ser anclada con cemento en la roca. Fue **Angel**, el de Enedina, el que la pintó y repintó hasta dejarla lustrosa y lista para acoger a la Virgen como ésta se merecía. Unas pocas flores (necesariamente de plástico, qué le vamos a hacer) se metieron a última hora para completar el rudimentario altar montisco.

El 5 de Agosto, diez días antes de la fecha señalada, realizamos una subida previa para preparar el terreno. Cargados (nunca mejor dicho) con pesados bidones de agua (25 litros), con pequeños sacos de cemento y de arena, con algunos ladrillos y con herramientas a propósito, subimos, **Pedro** el de Ángeles, **Agustín** (el que luego sería médico y que entonces tenía sólo 14 años), **José Ignacio** su hermano, **Gerardo** el de Pilar, **Fernando** (uno de León), y yo, a transportar el material necesario para la obra y a buscar el lugar idóneo en el que se habría de ubicar la imagen. Recuerdo que cuando estábamos ya a punto de bajar, una vez decidido el sitio y escondido el cemento y la arena a buen recaudo de una posible lluvia, nos cayó una tormenta de verano en la que jarreó agua a cántaros acompañada de una orquesta de rayos y truenos como nunca había visto. No pudimos resguardarnos en ningún sitio, pues estábamos en el mismo alto, y pasamos bastante miedo a causa del aparato eléctrico tan espectacular. Uno del grupo, algo más descreído, comentó que eso quería decir que la Virgen protestaba por nuestro atrevimiento en subirla hasta allí o que no le gustaba el sitio elegido. Pero los demás preferimos pensar que no era sino una manifestación de agradecimiento de la propia Virgen (algo aparatosa, eso sí) por el esfuerzo que habíamos realizado; finalmente salimos indemnes de la aventura aunque la mojadura no nos la quitamos de encima hasta que llegamos al pueblo

El resto de los preparativos transcurrió sin novedad. El domingo anterior al 15, en la Misa mayor, el cura-párroco, **Don Leoncio**, volvió a animar a todos los que se sintiesen con fuerzas a acompañar a la Virgen en su especial “asunción” y fue mucha la gente que se apuntó a la romería, aunque también fueron bastantes los se quedaron con las ganas porque no se fiaban de sus maltrechas rodillas. Acordamos que, para poder celebrar todos juntos el acontecimiento, se organizaría una comida en los Praos Bajeros de Los Pozos de forma que allí nos esperarían todos aquellos que no hubiesen podido ir al alto. Al fin y al cabo para ellos este paseo también iba a suponer un pequeño esfuerzo y sacrificio. Al año siguiente convertiríamos esta comida en una tradicional caldereta que se prolongó varios años, pero eso ya es otra historia.

El 15 de Agosto amaneció, como señalé anteriormente, con niebla cerrada. **Jandro** tocó por alto las dos campanas a las 7 de la mañana para despertar a los excursionistas que, en pequeños grupos, fueron partiendo poco a poco como si se tratase de expedicionarios dejando su Campo Base. **Fidel** escribiría luego una poesía dedicada al acontecimiento en la que refería, en romance, esta marcha:

*.....Y sigue la comitiva
pasito a paso, muy lenta,
por la Mata La Cortina
Los Pozos y la Traviesa*

*La fragancia de las flores
y la brisa mañanera
son alicientes que animan
a subir por la vereda*

.....

Y fue precisamente en la Traviesa, esa deliciosa campera que cruza la Peña de parte a parte, donde la niebla se abrió por fin y dio paso a una de esos espectáculos imposibles de describir

con palabras y que, aunque se repitan mil veces, mil veces nos dejan boquiabiertos: un extenso mar de nubes densas tapaba por completo el fondo del valle en el que se escondían los pueblines y los ríos y del que emergían limpios, bajo un cielo azul y claro, los picos majestuosos. El Jaido, que casi se podía tocar con la mano, y el Espigüete bien perfilado en el horizonte, destacaban sobre el resto. Y a nuestro frente, la caliza blanca de los tres picos de la Peña de la Pintas invitándonos a subir. Como banda sonora de fondo de esta inigualable película se escuchaba solamente el tilín de los cencerros de alguna vaca madrugadora que por aquellas praderas pastaba. Este espectáculo, unido a la necesidad de echar un tiento a la bota y de tomar un respiro, nos agrupó a todos en un pequeño descanso junto al chozo de pastores que allí se encuentra.

-Aquí he dormido yo muchas veces al cuidado de las “chinas” mientras ellas se averaban de la lluvia en aquella cuevona que veis allí. Algunas noches se oía aullar a los lobos....

... relataba con grandilocuencia **Jesús**, el de Tío Gerardo, mientras los rapaces más pequeños le escuchaban boquiabiertos sin saber muy bien qué significaba aquello de las “chinas” y de “averarse”.

De los tres picos que conforman la línea de la cumbre de la Peña habíamos escogido lógicamente el del Oeste, que el más alto (1.983 metros), para poner la imagen. En Las Salas llamamos a ese pico “Pico de Salamón” porque al parecer por el mismo alto pasa la linde que separa el terreno de ambos pueblos (por la misma razón llamamos “Pico de Huelde”, al que está más al Este); pero la realidad es que la montaña no entiende de fronteras y la Virgen mucho menos, máxime cuando la de Roblo es patrona a la vez de Valbuena, Salamón y Las Salas y desde hace unos pocos años, por extensión, de todo el Ayuntamiento de Crémenes. Y hacia ese pico nos dirigimos en curiosa “procesión” por la Majada de Arriba y los Serrones Negros.

Pronto la comitiva se fue segmentando en función de las fuerzas y del resuello de cada uno. Mientras los más jóvenes, como **Raúl** (el benjamín del grupo, con sólo 8 años) o **Ángel**, el de Pilar, y **Juanito** (ambos con 15), triscaban cuesta arriba como auténticos rebecos, otros más prudentes o más cargados de años (o de kilos), avanzaban más despacio siguiendo a **Paciano**

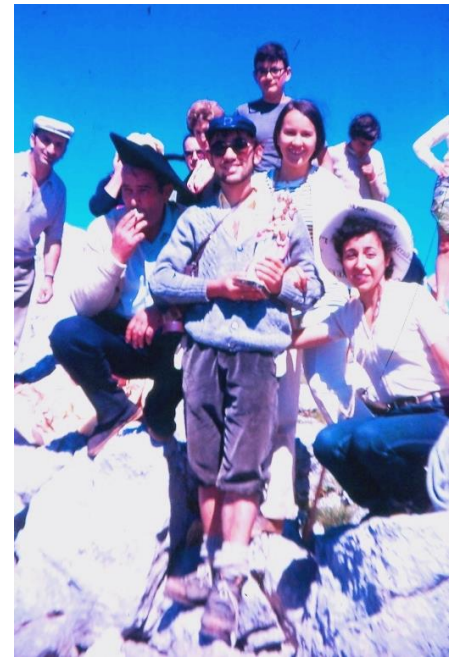


que hacía de guía del grupo de los “desvalidos” a los que, por prudencia, no vamos aquí a nombrar aunque su mérito quizás fuese mayor.

Y de esta forma, unos antes y otros después, llegamos al alto 36 personas. En años sucesivos, cuando la tradición se fue consolidando, el número de personas que subirían el 15 de Agosto aumentó considerablemente. En 1976 se alcanzó el récord en las subidas colectivas con nada menos que 62 personas a la vez en la cumbre.

Volviendo a aquel año 1971, una vez llegamos al alto no nos faltó trabajo a ninguno, aunque lo primero e imprescindible fue disfrutar durante unos momentos del espectáculo que nos ofrecía aquel lugar excepcional. No quiero extenderme aquí contando las maravillas que desde la cumbre de Las Pintas se

contemplan. Ésas son para verlas y no para intentar vanamente relatarlas. Pero hay que dejar constancia de que la Peña de Las Pintas es uno de los miradores más completos de la cordillera Cantábrica debido, no sólo a su altura y situación, sino sobre todo a que se trata de una gran mole pétrea exenta, es decir separada por todos sus costados de otros macizos que le hagan sombra y que le impidan descubrir los horizontes más lejanos. La visión limpia y detallada de los Picos de Europa, de las montañas palentinas y de León, hasta la Tierra de Campos, de los numerosos valles salpicados de pueblos, embalses y ríos, son un espectáculo difícil de olvidar para cualquier persona por poco sensible que sea. Hay quien afirma (y no seré yo quien lo desmienta) que en los días claros se ven desde allí perfectamente las agujas de la catedral de León; lo que sí puedo corroborar por propia experiencia es que, si se tiene la suerte de pasar una noche bajo las estrellas en la cumbre, se divisan sin obstáculos multitud de luces de lugares aún más lejanos.



Aquel día era espléndido y todas las nubes habían ya desaparecido tanto del fondo del valle como del horizonte, dejando un cielo de un color azul intenso; y cuando aún no habían dado las doce del mediodía ya nos habíamos comido casi todos el bocadillo y recobrado las fuerzas. En seguida los más habilidosos con la maza y el puntero (no en vano descendían de famosos labrantes de la tierra) como eran **Jesús, Jorge o Doro**, se pusieron manos a la obra para perfilar la roca de la cueva y colocar la imagen, así como para acondicionar un pequeño altar de piedra donde oficiar la Misa en años venideros. Todos ayudamos en la tarea y en poco tiempo estuvo lista y anclada la hornacina con la Virgen de Roblo en su interior junto a la que se fijó la placa conmemorativa del evento.

Por fin, mi ilusión se había hecho realidad.

En silencio, todos nos agrupamos reverentemente alrededor de la imagen y **D. Agustín**, el cura que nos había acompañado, rezó unas plegarias y bendijo solemnemente la Virgen que, de esta forma, quedó oficialmente entronizada en el alto de la Peña de las Pintas. De manera espontánea surgió el único canto posible en aquellos momentos entonado por todos los congregados:

*Salve, Virgen bendita de Roblo,
Cariñosa madre del más tierno amor*

.....

Y más de uno tuvo que secarse una lagrimita.

Aquel día no habíamos llevado aún la libreta que ahora existe para recoger los nombres y comentarios de los peregrinos o montañeros que hasta allí suben. No sería hasta varios meses después (exactamente el día de Viernes Santo de 1972), cuando **José Ignacio** y yo, con nieve

por encima de la rodilla y una niebla cerrada, logramos depositar el buzón con la libreta junto a la imagen. Más adelante el Instituto Geográfico y Catastral de España colocaría el pivote de hormigón que sirve de vértice geodésico (y que afea notablemente la cumbre) y, con el tiempo, algún otro Grupo de Montaña puso también una cruz y un buzón de hierro. Con tanta señal el que ahora pase de largo esta cumbre no tiene perdón.

Aún permanecemos disfrutando de aquel maravilloso lugar un buen rato. Se tiró algún cohete y hasta se cantó, como es preceptivo, lo de *“Viva la montaña, viva”*, canción que en lo alto aquel pico resultaba muy a propósito. La bajada transcurrió sin novedad aunque con un poco más de desorden que la subida. Los más patosos posaban en el suelo el final de su espalda con más frecuencia que la que hubiesen deseado mientras que otros, mejores conocedores del terreno, como **Jose Mari** o **Ciana**, aprovechaban incluso para ir atropando, mientras bajaban, un buen manojo de té, porque ya se sabe que el de la Peña siempre está mucho mejor. En los Praos Bajeros de los Pozos nos esperaban, como habíamos previsto, nuestros familiares y amigos y allí compartimos la comida y celebramos de nuevo el acontecimiento con canciones, relatos y juegos. La tradición había empezado.



Desde entonces, año tras año, el 15 de Agosto, y sin que haga falta que nadie convoque, sube siempre un nutrido grupo de personas en espontánea romería a realizar la visita obligada anual a nuestra Virgen. Nunca, en estos casi 40 años, han bajado de 20 las personas que se congregan ese día en la cumbre. Los más valientes incluso van la noche anterior a dormir al alto si el tiempo lo permite y allí, con sólo las estrellas por techo, pueden disfrutar de unas puestas de sol y de unos amaneceres que ni la mejor “habitación con vistas” de un hotel les podría proporcionar.

Pero no es sólo el 15 de Agosto, ni tampoco son solamente los de Las Salas los que hasta allí suben. Las sucesivas “libretas de cumbre” (ya se han completado cinco o seis), dan fe de cientos y cientos de peregrinos, montañeros o sencillamente excursionistas, con edades que van desde los 5 a los 71 años, de todos los sitios de España (y del mundo, pues hay constancia de notas de gente de Francia, de Inglaterra, de Alemania, de EEUU y hasta de Nueva Zelanda) que han dejado su firma y sus impresiones escritas en ellas. Impresiones, que en muchos casos no se limitan a comentar el esfuerzo realizado, el tiempo que les ha acompañado en la subida o lo espectacular de las vistas. Hay verdaderas joyas literarias, que sería largo de transcribir aquí, pero que demuestran que el humor o la imaginación se afinan con la altura. Algunos ejemplos:

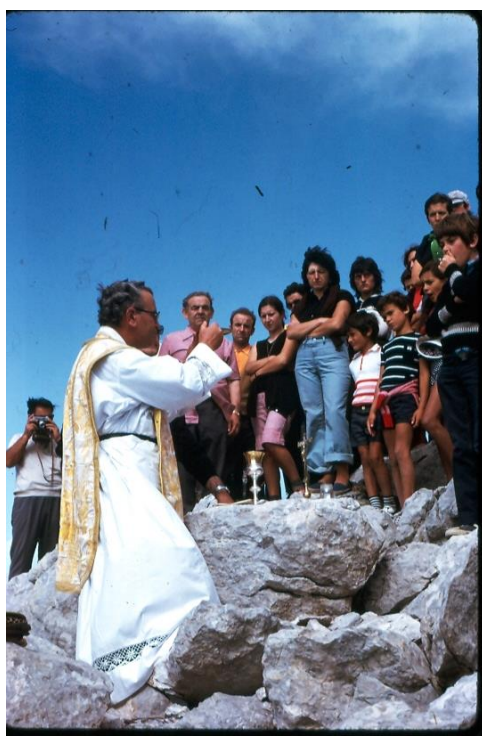
“Estar un minuto aquí te da fuerzas para vivir un año allí (15/8/97)”

“No logramos encontrar la Virgen que estará tapada por muchos metros de nieve. El alto está intransitable. Vamos a escurrir los calcetines (31/3/72) “

“He subido con XXXX y aquí en el pico me pidió que me casara con él. Es un recuerdo que seguramente contará a nuestros nietos (15/8/94)”

“Por mi padre y por mi aprobado “Cagüen la leche”. Me lo merezco. Gracias, Virgen de Roblo.(15/8/2005)”

“Hoy, Viernes Santo, para purgar nuestros pecados y demás faltas mayores y menores, hemos subido desde Valbuena del Roblo (28/3/97)”



“Acabamos de subir la 1ª pinta y ahora vamos a por las otras dos pintas (10/7/93)”

Precisamente para ayudar en la subida a tanto caminante, no todos buenos conocedores del terreno, mi mujer, **Ana Mary**, y yo pintamos unos años más tarde unos círculos amarillos sobre la roca y pusimos unos hitos o montones de piedras que marcan sin pérdida el camino hasta el pie de la Virgen. Entonces no existía un sentimiento ecológico tan arraigado como ahora y lo de pintar las piedras, y más por una buena causa, no estaba tan mal visto como lo está hoy en día. En cualquier caso esas manchas y esos hitos han servido a muchos para orientarse, especialmente cuando las condiciones de visibilidad no eran las adecuadas.

En 1973, **D. Augusto**, un cura de Las Salas que por entonces ya había cumplido los 71 años, dijo la primera misa en el alto de la Peña, junto a la Virgen, revestido de todos sus ornamentos, casulla incluida, como si en la mejor y más grandiosa catedral estuviera oficiando. Sus sermones, famosos por su rotundidad y elocuencia, parecía que resonaban mucho más convincentes en aquel inigualable púlpito. Muchas misas se han celebrado desde entonces en este altar singular

y son muchos los curas que han subido hasta allí a decirlas (**D. Máximo, D. Luis, D. Manuel, el P. Angel, el P. Eulogio, el P. Argimiro...**), aunque la falta actual de curas montañeros dispuestos a subir ese día haya obligado a prescindir, por el momento, de ellas.

De igual forma, a partir del siguiente año a la primera subida y durante diez años consecutivos, la fiesta tuvo su prolongación cerca de Las Salas con una comida campestre en los praos de Valdesalamón en la que tomaba parte casi toda la gente del pueblo. La chanfaina y la caldereta de cordero al estilo pastor que cocinaban para todos **Mele** y **Augusto** el de Remolina, buenos conocedores del oficio, precedían a una tarde de canciones, juegos y bailes en la que la jota al son del caldero, hábilmente “tocado” por **Jandro**, servía para poner el colofón a una jornada memorable en la que nos llegamos a reunir más de 200 personas.

Pero todo tiene su fin y esas fiestas también se acabaron. En 1996 se celebró el 25 aniversario y la **Asociación “El Escubiello”** de Las Salas colocó junto a la Virgen una segunda placa conmemorativa. Las subidas continúan realizándose año tras año y previsiblemente así seguirá siendo en el futuro porque la Peña de las Pintas y la Virgen de Roblo tienen por sí mismas el suficiente atractivo sin necesidad de ninguna convocatoria especial. Únicamente hay que esperar que las generaciones que nos siguen mantengan en buenas condiciones aquella imagen que, hasta ahora, a pesar de las inclemencias del tiempo y de los años transcurridos (y gracias, por supuesto, a las labores de restauración realizadas, entre otros, por **Juan Carlos, Alfredo y Luis Angel**), se mantiene casi como el día en que la pusimos.

Epílogo

Puedo certificar, porque lo viví en primera persona, que el relato anterior es en todo cierto e histórico. Pero, en realidad, no es más que la parte final de una leyenda apócrifa que cuenta cómo, un 15 de Agosto de hace muchos muchos años, la Virgen fue subida por una legión de querubines hasta el alto de la Peña de la Pintas y cómo, siglos más tarde, se apareció allí a un pastor y acordó con él que algún día se pondría una imagen suya en esa cumbre. Pero, como digo, se trata sólo de una leyenda, **La leyenda de Virgen de Las Pintas**, que la Iglesia todavía no ha reconocido, pero que me parece que era preciso mencionar aquí también.



“PIONEROS” QUE SUBIERON A COLOCAR LA VIRGEN EL 15 DE AGOSTO DE 1971

(Los números que figuran detrás de cada nombre indican la edad que cada uno tenía entonces).

- 1.-AGUSTIN TEJERINA (Cura)...46 años
- 2.- BLANCA MARY TEJERINA...22
- 3.- M^a DOLORES ALVARADO (LOLI)...16
- 4.- CLOTILDE PEREZ (TITINA)
- 5.- GRACIA FERNANDEZ (Sor)...45
- 6.- FELICIANA FERNANDEZ (CIANA)...53
- 7.-HERMENEGILDA SANCHEZ (GILDA)...42
- 8.-VITALINA GARCIA
- 9.-BEATRIZ TEJERINA...11
- 10.- M^a AMELIA TEJERINA...12
- 11.-ASUNCION DE LA PEÑA...13
- 12.-M^a CARMEN FERNANDEZ (de Chile)...12
- 13.- 14.-PILARIN DE LA PEÑA...21
- 14.- M^a DEL CARMEN TEJERINA...20
- 15.- M^a PAZ ESCANCIANO...23
- 16.- BENILDE TEJERINA...42
- 17.-ROSA M^a DEL RIO (de Aleje)...21
- 18.-ASUNCION DEL RIO (de Aleje)...19
- 19.-JESUS TEJERINA...39
- 20.-PACIANO FERNANDEZ...53
- 21.- JOSE TEJERINA (PEPE)...53
- 22.- BELEN ALVARADO...13
- 23.-JORGE VILLARROEL...39
- 24.-JOSE MARI CARRIL...25
- 25.-JUANITO TEJERINA...15
- 26.-HELIODORO FERNANDEZ (DORO)...42
- 27.-LAURENTINO ACEBES...9
- 28.-AGUSTIN TEJERINA...14
- 29.-SERGIO GARCIA...9
- 30.-JUAN BERNARDO GARCIA...8
- 31.-RAUL ALVARADO...8
- 32.-JOSE IGNACIO TEJERINA...22
- 33.-GERADO DE LA PEÑA...19
- 34.-ANGEL DE LA PEÑA...15
- 35.-JAVIER CASTRO...19
- 36.-DANIEL TEJERINA (DANIELIN)...24